

VII Jornadas de Sociología, UNLP, 2012

Mesa 11: Razón y revolución. Radicalización política y modernización cultural (1955-1975)

Título: Vanguardia, comunicación y populismo: itinerario intelectual de Aníbal Ford

Autor: Mariano Zarowsky: UBA/CONICET

Email: marianozarowsky@yahoo.com.ar

Introducción

La historia intelectual y la historia cultural de los años recientes en la Argentina reconocen en los itinerarios de Jorge Rivera, Eduardo Romano y Aníbal Ford una inflexión —por cierto fundante— en los modos de abordar los medios de masas y la cultura popular en el país. La “invención” de los estudios sobre cultura popular hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta, una suerte de versión criolla de los *Cultural Studies* (Alabarces, 2006, Romano, 2012) estaría fuertemente asociada a los intereses que desplegó este grupo en torno al folletín y la gauchesca, el periodismo, las letras de tango, el cine nacional, el melodrama, la radio y la televisión, los saberes populares y sus intérpretes. Este “contingente de intelectuales populistas” —al decir de Beatriz Sarlo— practicó “una lectura peronista de la cultura popular” y reivindicó objetos que entonces parecían monopolizados por el análisis semiológico y la estética pop. Visualizó en su emergencia histórica los fundamentos y posibilidades de una cultura “popular-nacional” que las elites tanto como la izquierda habrían pasado por alto (Sarlo, 2007 [2001]: 135-6).

No es exagerado afirmar que este modo de ver las cosas —si se me permite aquí pasar por alto los matices— le debe en parte a sus propios protagonistas (Ford, Rivera, Romano, 1985; Ford, 1987; Rivera, 1987) los supuestos desde los cuales se construyó de manera retrospectiva —y por ende selectiva— esta tradición intelectual. Pues, como toda *tradición selectiva*, desde mediados de los años ochenta esta vertiente enfatizó algunos aspectos de su propia trayectoria, estableció genealogías y cierta homogeneidad en un proceso que reconocía heterogeneidad y discontinuidades y, de este modo, contribuyó a establecer las bases de su propio mito fundacional. En rigor, estaba proponiendo una historia de los estudios en comunicación en la Argentina que al mismo

tiempo era un modo de leer las relaciones entre intelectuales, cultura y política en los años sesenta y setenta. Esta *apuesta* intelectual se sitúa en el marco de ciertas condiciones de emergencia que la explican y que contribuyen a determinar precisamente su carácter performativo: un contexto político preciso y un campo disciplinar que, hacia mediados de los años ochenta, se hallaba por entonces en proceso de consolidación e institucionalización académica.

Reconstruir el itinerario intelectual de Aníbal Ford —sobre el que aquí ensayaremos algunas notas iniciales y parciales— puede ser productivo para problematizar esta tradición. Se trata, en rigor, de poner de relieve la diversidad de espacios institucionales, tradiciones intelectuales y formaciones culturales —entre la modernización cultural y la actualización teórica; entre el peronismo y la vanguardia— desde las que se configuró, en evidente relación con la interpelación y la práctica política, una de las aproximaciones más significativas e influyentes en la historia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina. Así, desde una dimensión reflexivo-epistemológica, indagar en torno a su figura puede ser útil para problematizar el modo en que el trabajo del pensamiento se produjo en el seno de experiencias históricas, pero también la heterogeneidad de *prácticas sociales* (la crítica literaria, la narrativa, el periodismo cultural, la docencia, la actividad editorial, la militancia política) donde se elaboró cierto saber sobre lo social en los años sesenta y setenta.¹ Desde una dimensión histórico-social, el estudio de la emergencia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina —al que el itinerario de Aníbal Ford está estrechamente ligado— se revela entonces un espacio productivo para leer algunas de las tensiones político-culturales del período, o, en otras palabras, los modos en que las ideas e intervenciones intelectuales participaron de la producción de lo social.

Entre la modernización cultural y la vanguardia

“La narrativa argentina está por sufrir una renovación sin precedentes a manos de autores cuya edad oscila alrededor de los veinticinco años y que todavía no han publicado un libro”, escribe Rodolfo Walsh en “Una literatura de la incomodidad”, un artículo breve publicado diciembre de 1967 en el semanario *Primera Plana* (Walsh, 2004 [1967]: 248). La provocación vanguardista como operación de visibilización era flagrante: los jóvenes que no habían publicado *todavía* ningún libro y que —anticipaba

¹ Sobre el itinerario de Aníbal Ford y su “trabajo plural sobre la literatura” en el “cruce de prácticas y discursos”, ver, además de los trabajos citados, Vázquez Villanueva (2004).

Walsh performativamente— estaban por renovar la literatura eran Ricardo Piglia (*La invasión*), Germán García (*Nanina*), Ricardo Frete (*Villa Feder*) y Aníbal Ford (*Sumbosa*). Para Walsh (quien tenía acceso a los manuscritos pues trabajaba como asesor de la editorial de Jorge Álvarez), la “actitud” de este “movimiento” (escribir esto en *Primera Plana* tal vez contribuía antes a crearlo que a describirlo) que encarnaban estos autores era la “rebelión”: los animaba un “ímpetu subversivo”; se manejaban — escribía Walsh— “sin el sacro respeto creado en torno a lo literario”, puesto que se rebelaban, continuaba, contra los padres, “que es el país, que es la ‘realidad’” (p. 249). Walsh se refería sobre todo a los modos consagrados de la literatura y sus instituciones legítimas: entre ellos Aníbal Ford atacaba las estructuras narrativas lógicas y desembocaba en la “antihistoria, el anticuento”, esto es, “en una condena global de nuestra literatura ‘arquetípica’, la literatura de *Sur*, cuya última rama es un admirado Cortázar” (p. 248).

Por entonces Ford tenía 33 años, era graduado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1961), había trabajado como colaborador de Boris Spivacow en EUDEBA y lo hacía por entonces en el Centro Editor de América Latina (CEAL): todos espacios claves del circuito modernizador de la década (Sarlo, 2007 [2001]). Si bien Walsh observaba que el “vuelco a la narrativa” del “profesor Ford” “invertía el camino habitual”, lo cierto es que poco tiempo después Aníbal Ford escribiría una serie de trabajos críticos. Estos se pueden leer (por sus tópicos y lugares de publicación) como parte del proceso de “actualización teórica” de la crítica argentina, esto es, de la emergencia de un nuevo modo de hacer crítica literaria que “irrumpió” en la Argentina de la mano del instrumental conceptual —si se me permite la simplificación— de las ciencias sociales y del lenguaje, de la semiología y el marxismo (Cella, 1999; Cousido, 2008). No casualmente estos textos críticos de Ford tenían a la figura de Walsh como objeto. Nos referimos a “El vandorismo” (1969), publicado en el primer número de la revista *Los Libros*, en julio de 1969 (sobre *Quién Mató a Rosendo*) y a “Walsh: la reconstrucción de los hechos” (1987 [1972]) que, si bien fue terminado en septiembre de 1969, fue publicado en 1972 por Jorge Lafforgue en el volumen *Nueva novela latinoamericana 2*, junto a trabajos de Noé Jitrik, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, entre otros. En este último trabajo Ford proponía un recorrido global por la obra de Walsh, poniendo de relieve lo que entendía era su desplazamiento desde una literatura “borgena” —basada en el artificio, los arquetipos, las convenciones del policial— a una literatura que, a través de la experimentación con

nuevas formas —la crónica, la autobiografía, el testimonio— “se destruye, pierde límites, se abre hacia el intento de un discurso no específico” (p. 178) donde la “realidad” pasa a ser la “argumentadora” (p. 155). Ford leía entonces en Walsh una “desacralización del hecho literario en todos sus planos” (p. 189), puesto que sus límites, el de su *especificidad*, eran cuestionados. Subyacía una concepción de la literatura “como algo que se hace *en* la historia y no *fuera* o *sobre* ella” (p. 189). Ford —devolvía su gesto en *Primera Plana*— leía en el tipo de realismo que practicaba Walsh un rasgo propio de la intención vanguardista: fundir la escritura y la vida, la palabra y la acción, la literatura y la política. Se trataba —concluía— de una “una búsqueda inevitablemente unida al proceso de liberación”.

El alcance de estos planteos serían amplificados en un texto prácticamente contemporáneo, “Literatura, crónica, periodismo”, que fue publicado por Ford en 1971 en la colección *Capítulo Universal* (serie “Literatura contemporánea”) del Centro Editor de América Latina (1985 [1971]). Allí Ford inscribía su posición en una mirada teórica más amplia, donde revisaba el hecho literario, su “desacralización”, desde un abordaje histórico del hecho cultural (en oposición a las perspectivas que lo abordaban como una instancia autónoma), más precisamente, del modo en que la literatura, el periodismo y las ciencias sociales habían intercambiado formas y contenidos y se habían transformado mutuamente en relación con desarrollos técnicos y procesos económicos y sociales más amplios. La “crisis de la ficción” y la “reestructuración de la narración” formaban parte de un proceso complejo de reorganización cultural, y eran leídas por Ford como la “búsqueda de nuevos acercamientos entre saber y experiencia, entre palabra y acto, entre texto y realidad” (p. 220): John Dos Passos, Norman Mailer y Rodolfo Walsh con sus reportajes, técnicas de documentación directas e indirectas y sus crónicas, desarrollaban nuevas formas de rescate y análisis de la realidad, nuevas formas de información sobre ella; formas de comunicación con el público “destinadas a transformar los esquemas de la vieja cultura” (p. 243). En fin, frente “a la cultura como saber constituido —concluía Ford—, frente a la cultura ‘separada’, frente a los contenidos imaginarios, se trata de identificar cultura y experiencia” (p. 248).

En este programa se puede leer entonces un particular intento de redefinición del realismo, una propuesta de experimentación con las formas literarias a partir de nuevos elementos técnicos y procedimientos originados en otros ámbitos de la producción cultural y, sobre todo, un impulso para vincular estrechamente la literatura y la vida. La referencia a la existencia de una “cultura separada” y a sus contenidos imaginarios no

sólo hacía entonces alusión a las concepciones que podían atribuírsele a la revista *Sur* y a lo que había llamado el “borgismo” literario, sino que aludían directamente a uno de los fundamentos de la moderna cultura de masas sobre los que Ford reflexionaba en la línea de Jaime Rest: la transformación cultural que suponía la extensión de los medios de comunicación no podía ser ajena a la reflexión de la crítica.² En esta encrucijada problemática puede leerse “Notas sobre dependencia y cultura de masas”, un artículo que Aníbal Ford había escrito en 1968 junto a Jorge Rivera para ser publicado en el — finalmente fallido— número tres de la revista *Problemas del Tercer Mundo* y que permaneció inédito hasta el año 2004 (Ford, Rivera, 2004 [1968]). El texto es relevante porque, en primer lugar, nos remite a la existencia de una zona de intercambio e influencia intelectual, y a la vinculación (en un sentido muy amplio, pues no era orgánico a la revista y menos al MLN) de Aníbal Ford con un espacio de sociabilidad que incorporaba las diversas orientaciones que componían la llamada “nueva izquierda”.³ En segundo lugar, porque deja testimonio del modo en que sus autores trabajaban por entonces desde una serie de tópicos bastante extendidos en el espectro del pensamiento de izquierda (tópicos que evidentemente serían revisados a partir de su devenir *populista*): las nociones de *monopolismo*, *neocolonialismo*, *dependencia* que tomaban de un referente teórico del trotskismo como Ernest Mandel (citaban su *Introducción a la teoría económica marxista*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1968) servían para explicar la “alienación” y la “estructura industrial de la cultura de masas” que los países dependientes replicaban de las metrópolis y que aseguraba la reproducción de su lugar dependiente; la noción de “estructura industrial de la cultura de masas” era trabajada desde otro autor marxista —leído del francés—: Hans Magnus Enzensberger (*Culture ou mise en condition*, Paris, Juliard, 1965). Digámoslo sin rodeos: no sólo es difícil encontrar en este texto alusiones o referencias explícitas a “pensadores nacionales” como Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui o Fermín Chávez; también la caracterización de la “producción nacional de cultura de masas” que

² No podemos extendernos aquí en dar cuenta de las influencias en Ford —que él mismo reconocería años más tarde— de los trabajos de Jaime Rest. Ford le había editado en el CEAL *Literatura y cultura de masas*, en 1967. Es interesante también poner en serie esta lectura de Ford con los interrogantes que el propio Walsh se formulaba en marzo de 1970 en diálogo con Ricardo Piglia —publicado en 1973— en torno a la posibilidad de escribir una novela y al componente histórico-ideológico de las formas literarias (Walsh, 1996 [1973]).

³ *Problemas del Tercer Mundo* fue una revista de la que salieron sólo dos números, en 1968. Estaba orientada por Ismael Viñas, por entonces referente del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Colaboraban en ella, entre otros, David e Ismael Viñas, Roberto Cossa, Ricardo Piglia, Andrés Rivera, Jorge Rivera, León Rozitchner, Rodolfo Walsh y Francisco Urondo (Ford, 2004: 171; Jozami, 2004). El artículo finalmente no se publicó pues la revista se disolvió debido a la crisis interna del MLN.

hacían aquí Rivera y Ford difería notablemente de la que harían poco tiempo después. Escribían que inclusive en sus momentos de máxima expansión —esto es, durante el peronismo— “los contenidos efectivamente nacional-populares de la cultura de masas fabricada entre nosotros dejaron bastante que desear, si no nos inducen a confusión *cierto populismo retórico* y alguna *vaga reivindicación nacionalista* perceptibles en la radio, el cine y las revistas de época” (p. 190. *El subrayado es mío*). En fin, Ford y Rivera reivindicaban una “cultura al servicio del hombre” que admitía “un solo camino y una única estrategia: *el camino y la estrategia revolucionaria*” (p. 193).

De las clases a *Crisis*: la vanguardia cultural del populismo

La fecha de escritura de este último artículo nos permite situarnos en un arco temporal que va desde la radicalización que sigue al cordobazo, la consolidación del ascenso de la nueva izquierda, las expectativas generadas por el fin de la proscripción del peronismo y, finalmente, el triunfo de Héctor Cámpora, en marzo de 1973: se asistía en el lapso de pocos años a una aceleración del tiempo político que explica en parte los vertiginosos pasajes y las continuas y cambiantes redefiniciones que se producían en el mundo intelectual. En el itinerario de Aníbal Ford podemos leer esta aceleración en la *diferencia* que separa el artículo escrito con Rivera y su respuesta a la encuesta a escritores y críticos que la revista *Los Libros* publicó en septiembre de 1972 (*Los Libros*, n°28, “Hacia la crítica”) y, sobre todo, en la diferencia entre ésta y la respuesta que el mismo Ford ofreció a una encuesta del mismo tenor que Jorge Lafforgue publicó en la *Revista latinoamericana* (n°2, “Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta (primera parte)”, en junio de 1973. En este hiato se pueden leer ciertos desplazamientos epistémicos de Ford (un pasaje de la crítica literaria a la crítica político-cultural) y un cambio en su posición de enunciación; o de otro modo, una inflexión en su programa de intervención intelectual. Veamos.

En la respuesta a *Los Libros* Ford se ubicaba claramente en el campo de la crítica literaria, que definía por su capacidad de poner en relación el “sistema” de la literatura con otros “sistemas”:

El encierro en un código propio es parte de una zona o de un momento de la investigación literaria (...). Y es que la crítica se define básicamente no a partir de la descripción de estructuras, sino del estudio de la interrelación entre el sistema de la literatura y los otros sistemas, en un contexto histórico concreto que no abarca sólo la obra sino también su producción y su consumo (2004 [1972]: 162).

Como se puede leer, la definición trabajaba con cierta terminología (“código”, “sistema”, “estructura”) propia de la “actualización teórica” que promovía la *crítica literaria* argentina de la época, en buena medida en revistas como *Los libros* (Cousido, 2008) y que —sin hacer de ello un programa en sí mismo— Ford ponía en juego en los análisis que hemos revisado. En su respuesta a la encuesta de la *Revista Latinoamericana* (nº2, 1973), poco tiempo después, sin embargo, se puede leer una inflexión: se definía la *crítica de la cultura* como objeto y la *política cultural* como campo de intervención intelectual. Ford refería aquí a los cambios que se habían producido en los últimos años en la crítica argentina (en su concepción de la cultura, de los procesos ideológicos, de las relaciones entre “infraestructura y superestructura”) a partir de una serie de procesos políticos, económicos y sociales. Entre ellos, el “desarrollo de un pensamiento revolucionario nacional” a la sombra de “síntesis precursoras” como la de “Hernández Arregui y de los que lo siguieron y precedieron; las lecturas críticas y no dependientes de pensadores tan diferentes como Gramsci, Fanon, Althusser, etc.” (Ford, 2004 [1973]: 167).

Subrayamos la heterodoxa combinatoria de autores y tradiciones que se reconocían como antecedentes no porque hacerlo suponga señalar una novedad respecto a las configuraciones ideológicas y teóricas del pensamiento de la izquierda peronista o la nueva izquierda en los años sesenta y setenta, sino porque algunas de ellas serán disimuladas en los balances que el propio Aníbal Ford ofrecerá en los años posteriores respecto a su propio itinerario intelectual. Balances que, por cierto, contribuirán a la configuración de una *tradición populista* como núcleo fundante de los estudios en comunicación en la Argentina. Pero no nos adelantemos. Atendamos ahora la posición respecto a la *función* de la crítica, que Ford definía aquí como un “trabajo de afirmación de la conciencia nacional y popular”.⁴ Esta afirmación debía surgir de una doble tarea: por un lado, del “ataque a la cultura dominante” (p.168); por otro lado —escribía Ford—, de la “afirmación y exploración” de los procesos que se le oponen, “esas formas culturales que a pesar de estar sometidas a la expropiación, a la recuperación desdialectizadora, a la represión fueron o van formando, junto a las otras luchas, una conciencia nacional y popular” (p. 168). La emergencia de la noción de “cultura popular”, entonces, obedecía a una intencionalidad teórica precisa, que se explicita

⁴ Otro de los elementos destacables de la respuesta de Ford a la encuesta de la *Revista Latinoamericana* es sin duda la formulación de una problemática de análisis en la que se pueden reconocer, a partir de la ampliación de los conceptos de cultura y de literatura, ciertos signos del proceso de emergencia de la problemática comunicacional en la Argentina. Ver especialmente Ford (2004 [1973]: 168).

cuando Ford escribía que ésta tenía el mérito de “introducir la lucha de clases en el territorio de la cultura” (p. 168). Podemos situarla entonces en el incipiente —y por cierto breve— debate sobre política cultural que acompañó el ascenso al gobierno del peronismo a partir de las elecciones de marzo de 1973. La pregunta era entonces: ¿cómo surge y se elabora una cultura popular? ¿Desde qué materiales y condiciones? Y especialmente: ¿es necesario esperar al cambio revolucionario para la emergencia de una cultura popular? Este horizonte de debate y expectativas se deja leer en las palabras de Ford, cuando escribía que no sólo el “concepto burgués de cultura” negaba la existencia de una cultura popular, sino también las “desviaciones ultraizquierdistas” que suponían “que la cultura dominante lo inunda todo”. Estas terminaban reconociendo “como único centro impugnador de la cultura dominante a la subversión directa o a la ortodoxia” (p. 169). Como se puede ver, los contornos teórico-políticos del debate definían una problemática precisa: no se trataba aquí de reconocer las capacidades de resemantización de las audiencias o los cruces y préstamos recíprocos entre lo popular y lo masivo como modo de complejizar el conocimiento de las culturas mediatizadas; se trataba, antes bien, de pensar los fundamentos teóricos y el carácter que debía adoptar una política cultural en un proceso de radicalización y transformación política. O, de un modo más clásico: de la relación entre la vanguardia y las masas. En este sentido pueden leerse las referencias de Ford a las “desviaciones ultraizquierdistas” que le otorgaban a las clases populares —escribía— un “rol pasivo, no creador, carente de iniciativa histórica” y que las reducían “al espontaneísmo” (p. 169). La jerga utilizada no da lugar a dudas y deja entrever un debate con las tradiciones que directa o indirectamente se reconocían en el leninismo. Ford reivindicaba entonces una redefinición de los conceptos de “cultura nacional” y “cultura popular” que se apoyaba —en sus palabras— en el “análisis concreto de la historia argentina” y de “la forma que adoptó en nuestro país la lucha de clases” (p. 170). Desde este marco de debate —y en torno a una preocupación política precisa— deben leerse entonces los contenidos del “programa de investigación” que Ford proponía a continuación sobre el final de la encuesta para abordar una serie de zonas “marginales” y “contradictorias” donde podía explorarse la cultura popular (p. 170). Sin dudas este programa —como señaló Pablo Alabarces— anticipaba buena parte de los tópicos de los estudios sobre cultura y comunicación en la Argentina (Alabarces, 2006).

La relación entre los desplazamientos teórico-epistemológicos y los debates políticos que tramaba la intervención de Ford se hace más nítida si se lee la respuesta a

la encuesta en la *Revista Latinoamericana* en serie con el programa que Aníbal Ford elaboró junto a Ángel Nuñez para el dictado de “Introducción a la literatura” en la Carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y letras de la UBA que, a partir del recambio de autoridades que se produjo en la Universidad con la llegada del peronismo al gobierno, pasó a dirigir Francisco “Paco” Urondo. Ford y Nuñez se hicieron cargo de la materia “Introducción a la literatura” en el segundo cuatrimestre de 1973 en “triangulación” con el dictado de “Proyectos políticos culturales argentinos” que dictaron ese año Eduardo Romano y Jorge Rivera, y con el diseño de “Teoría de la Literatura”, de la que se haría cargo Ford en 1974. Estas clases, por el tipo de instancia comunicativa que suponen (donde se reduce la distancia entre el enunciado y el momento de la enunciación) son un texto privilegiado para poner de relieve el contexto de debate político y el sistema de diálogos en el que se insertaba la posición de Ford.⁵ En la lectura que hacía de Antonio Gramsci (conviene subrayar: más aludida que sistematizada) puede buscarse el fundamento desde el que se pensaba la elaboración de una política cultural que explorase las bases de una nueva cultura a crear: “Gramsci — transcribía Ford del dictado de sus clases— decía que en el lector del folletín estaba el germen de la nueva cultura” (Ford, 2004 [1973]: 134). En este preciso sentido puede leerse la voluntad de “afirmación y exploración” de la cultura popular que mencionamos en la respuesta de Ford a la encuesta de la *Revista Latinoamericana*. La referencia a Gramsci es clave pues supone una particular manera de pensar la relación entre vanguardia, ideología y cultura popular, en discusión con aquellos que sostenían —en palabras de Ford— “que recién aparece una cultura nacional y popular después del cambio revolucionario” (p. 109). Ford, sostenía, por el contrario, que existía “una continuidad entre la cultura popular en la etapa de dominación y la de la etapa de liberación. Que las clases populares elaboran, aún bajo dominio, una cultura o los gérmenes de base de la otra. Es decir que no hay grado cero en la cultura” (p. 109). La tesis enunciada, antes que un planteo anti-intelectualista o populista, suponía una compleja apuesta por articular el trabajo de los intelectuales —capaces de producir elaboraciones teóricas— y la cultura popular: Ford enunciaba su enfrentamiento con los partidarios de las tesis *vanguardistas* que sostenían que las culturas populares por sí

⁵ No podemos extendernos aquí en algunos tópicos conceptuales trabajados en las clases: entre ellos, la ampliación del concepto de lo literario hacia lo político-cultural y la introducción en este campo de problemáticas vinculadas a la comunicación, los medios y a su infraestructura material. Es importante subrayar la diversidad y heterogeneidad de nociones, tradiciones teóricas y autores que se combinaban en las clases o en la bibliografía: de Karl Marx a Arturo Jauretche; de Armand Mattelart a Pierre Bourdieu; de Juan Pablo Feimman a Franz Fanon, Edgard Morin y Antonio Gramsci, entre otros.

solas no podían ir más allá de las reivindicaciones parciales y que necesitaban ayuda “desde afuera”, y que esta ayuda era lo fundamental. Ford encontraba una continuidad de estas tesis leninistas en los “seguidores de Althusser” que —transcribía sus palabras en las clases— desconocían el “poder de impugnación de las clases oprimidas y su cultura” y el “rol que juegan las clases populares en la elaboración de una teoría revolucionaria”. Ahora bien. También Ford se enfrentaba con los partidarios de la tesis contraria (aunque no la llamaba así, nosotros podemos decir: la *tesis populista*) para quienes, escribía, “las masas por sí solas pueden llevar adelante un proceso revolucionario” (p. 156). Esta tesis, invirtiendo la tesis vanguardista, desconocía según Ford “la apropiación que hacen las clases dominantes del saber, de la instrumentación teórica, y técnica de los métodos para transformar la realidad y, por lo tanto, la necesidad de que las clases oprimidas cuenten con los que han podido acceder a ese saber” (p. 156). Esto es: los intelectuales. Entre una y otra tesis, entonces, se situaba el postulado de la crítica político-cultural que proponía Ford, la “afirmación y exploración” de la cultura popular como germen de una nueva cultura.⁶

Jauretche revisitado: o el giro populista

Como ocurre con los modos de constituirse de cualquier *tradición selectiva*, es esperable que una compilación que reúna artículos escritos en momentos diversos lea (y haga leer, a partir de las operaciones textuales y paratextuales que propone) su propio momento de enunciación bajo el prisma que otorgan las posiciones que asume en su presente. Cuando Jorge Lafforgue compilaba en *Medios de comunicación y cultura popular* los trabajos de Jorge Rivera, Eduardo Romano y Aníbal Ford (1985) publicados entre 1971 y 1983, estaba contribuyendo a darle entidad a una zona de la crítica de la cultura y la comunicación en la Argentina que, a diferencia de las que se habían expresado en sus revistas fundantes (*Lenguajes* o *Comunicación y Cultura*), necesitaba para posicionarse fuertes operaciones de visibilización y legitimación. Es interesante en este sentido observar las palabras que cierran el volumen y que escribe Lafforgue como editor, donde trazaba cierto paralelo entre el itinerario de sus autores —refería al exilio interno y a cierto lugar de marginación en el campo (Ford, Rivera, Romano, 1985:

⁶ En estos textos de la época puede leerse cierto anticipo teórico-programático del proyecto político-cultural que desplegará la revista *Crisis* (1973-1976), a la que Ford se incorporará como jefe de redacción poco tiempo después. Sobre su programa me remito a Sonderegger (2008), quien destaca un artículo de Ford en el n° 18 (octubre de 1974) donde hace explícita la inclusión del análisis de los medios, la cultura popular y las condiciones materiales de producción cultural (Sonderegger, 2008: 19).

311)— y sus elecciones temáticas y teóricas no canónicas. Así, Lafforgue escribía que los trabajos de Ford, Rivera y Romano se distinguían por un rasgo común: “la afirmación de lo popular, en cuanto *rescate* de las elaboraciones del saber encarnado por el pueblo” (p. 311. *Subrayado mío*). En un sentido convergente, Heriberto Muraro, prologuista del libro, escribía que los trabajos reunidos constituían un aporte valioso al estudio de la cultura popular argentina y que, considerando el momento histórico, urgía preguntarse “por nuestra propia identidad nacional” y “recuperar formas y valores hasta el momento presente condenadas a la marginalidad” (p. 7). No es exagerado encontrar en estas operaciones paratextuales la huella de un desplazamiento que nos permite leer los propios textos enmarcados: el que va del programa de 1973 que postulaba la “afirmación y exploración” de la cultura popular como “germen de una nueva cultura”, como “introducción de la lucha de clases en el territorio cultural” (una cultura a crear y organizar, puesto que su material progresivo era germinal) a la “afirmación y rescate” de un “saber encarnado por el pueblo” que suponía, por el contrario, un saber y una identidad preconstituida que se pretendía “recuperar” de su marginalidad. El desplazamiento entonces era doble; suponía tanto una reformulación teórica de la noción de cultura popular como una reconsideración de la tarea intelectual.

Tiene razón Pablo Alabarces cuando señala la ubicación estratégica del artículo que abre la compilación, “Cultura dominante y cultura popular”, de Aníbal Ford, que permite leer el resto de los trabajos —de carácter más analítico— desde una clave teórica. También cuando recuerda que, en rigor, se trataba de una reedición de la respuesta de Ford a la encuesta de la *Revista Latinoamericana* de 1973 (Alabarces, 2006). Ahora bien, estas operaciones paratextuales no deberían inducirnos a leer una marcha lineal del proceso de pensamiento, como si se asistiera al despliegue de un proyecto teórico en sus manifestaciones analíticas, fiel a un camino trazado en el momento de su emergencia. O de otro modo: a leer desde el rasero del presente el sentido de las apuestas del pasado. Pues el peligro es otorgar coherencia y continuidad a un itinerario intelectual que no sólo está hecho de persistencias, sino también de giros y desplazamientos, lagunas y vacíos. Para leerlos basta cotejar las dos ediciones del texto de Ford. Al hacerlo encontraremos una serie de diferencias, no menores, que nos permiten poner de relieve este hiato que señala la existencia de dos apuestas o problemáticas heterogéneas. En la versión de 1985 es notoria la exclusión del primer párrafo de la respuesta a la encuesta de 1973, donde Ford, como hemos citado, refería a ciertas influencias que le servían para ubicar sus posiciones teóricas y las por entonces

recientes transformaciones en la crítica literaria: Hernández Arregui, pero también la “lecturas no dependientes” de “Gramsci, Althusser o Fanon”. Esta diversidad y su cuota de cosmopolitismo serán reemplazadas en los textos de la segunda época por referencias al “modo nacional de ver las cosas”, de la mano de Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz y del propio Juan Domingo Perón. De eso nos ocuparemos enseguida. Digamos por ahora que también Ford introducirá algunas modificaciones terminológicas en el texto: las referencias a la *lucha de clases* en la versión de 1973 serán sustituidas por las referencias al *conflicto social* y la acusación a las *desviaciones ultraizquierdistas* que negaban la cultura popular tanto como el liberalismo (la expresión indica un posicionamiento al interior de las tradiciones de la izquierda, un debate sobre el papel de lo cultural en la configuración de la clase obrera, y por ende, sobre su identidad peronista) será reemplazada por una imputación en la versión de 1985 a la *izquierda de conjunto*.⁷

Tal vez sea en la compilación de ensayos que Aníbal Ford publicó en 1987 en ediciones Puntosur, *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, donde mejor se puedan leer las operaciones que configuran su *giro populista*. “Estos trabajos tienen un solo objetivo”, anunciaba Ford en la primera línea del prólogo: “explorar algunos aspectos de la cultura nacional, pero entendida no como algo cristalizado y transparente, sino como un cruce de procedimientos, temáticas y problemas cuyos hilos centrales no son siempre verificables”. En el conocimiento de estas zonas —agregaba enseguida— valían tanto “la teoría como la práctica cotidiana” (1987: 11). La definición, inaugural por cierto, permite leer un cambio de énfasis y modulaciones: de la preocupación vanguardista por la formulación de una política cultural en los años setenta, a una preocupación de carácter más epistemológico y, en especial, a una revalorización (¿antiintelectual?) de los saberes populares. Se trataba de la reivindicación de “un modo nacional de ver las cosas”, tal como había sido analizado por Jauretche. Este modo no tenía “estatus académico” —escribía Ford— “ni en sus ejes

⁷ En la primera versión Ford escribía que la noción de *cultura popular* permitía introducir la “lucha de clases en el territorio de la cultura (2004 [1973]: 168). En la segunda refería a la introducción del “conflicto social” (1985: 21). En la misma línea, en 1973 abrevaba por una utilización de la noción de cultura popular que estuviera apoyada en el análisis de “la forma que adoptó la lucha de clases en nuestro país” (2004 [1973]: 170). Pero en 1985 Ford prefería escribir que el análisis debía referirse a la “forma que adoptó en nuestro país el conflicto social” (1985: 22). En 1973 escribía, por último, que “las negaciones con respecto a la cultura popular” estaban “implícitas en las afirmaciones, provenientes de desviaciones ultraizquierdistas, de que la cultura dominante lo inunda todo” (2004 [1973]: 169). En la versión de 1985: que estas negaciones estaban implícitas “en las afirmaciones, provenientes del liberalismo y de la izquierda, de que la cultura dominante lo inunda todo” (1985: 21).

de conocimiento —la memoria, las identidades, la cultura popular, la vida cotidiana— ni en las formas en que se expresa: el ensayo, el testimonio, la biografía, el periodismo, la oralidad, cierta literatura” (p. 11) De ahí el título del libro que tomaba de una expresión de Jauretche: *Desde la orilla de la ciencia*. Ford reivindicaba estas instancias de conocimiento desplazadas por “lo jerarquizado” en nuestro país. O, de otro modo: no ocultaba su disputa con “lo jerarquizado” que distribuía posiciones legítimas en una Universidad que por entonces se reorganizaba a partir de los nuevos aires democratizadores.

Esta doble operación político-epistemológica (legitimación de los saberes populares, autodefinition en los márgenes como modo de posicionamiento en el campo) se puede leer con nitidez en el mismo libro en “Jauretche: un modo nacional de ver las cosas”, que en rigor era una reiteración del prólogo que Ford había hecho para acompañar su edición de *La colonización pedagógica y otros ensayos* para el Centro Editor, en 1982. En la senda de Scalabrini Ortiz, quien en su llamado de “volver a la realidad” exigía una “virginidad mental a toda costa”, los hombres de FORJA —escribía Ford— al analizar minuciosamente la estructura de la dependencia habían producido “un cambio epistemológico cualitativo en las formas de conocer, de aprehender la Argentina” (Ford, 1987 [1982]: 39). ¿Cuál era el contenido de este cambio? De lo que se trataba, era de “volver a las cosas como son” “con la ayuda de un buen razonamiento”, citaba Ford a Jauretche. Este “modo nacional de ver las cosas”, “como análisis concreto de la nación concreta, como construcción de una visión de mundo desde adentro de nuestro país”, mantiene “aun un alto grado de vigencia”, escribía (p. 41). El giro populista no admitía ni saberes foráneos ni categorías previas. Escribía Ford: “tanto Jauretche como Scalabrini comienzan desde cero (recuérdese la ‘virginidad mental a toda costa’ de este último), poniendo entre paréntesis lo conocido y volviendo a las cosas mismas; a pensar la realidad desde lo propio y desde lo concreto” (p. 44). Ford insistía entonces en que el “populismo de Jauretche” era su intento de recuperar esta lógica, la vuelta a “las formas populares de conocimiento”, “al sentido común”, al análisis de la realidad “con solo el auxilio de un buen razonamiento” (p.45). Hablaba, en fin, desde la orilla de la ciencia, esto es, “desde el lenguaje llano, desde el saber común” (p. 46).⁸ ¿Cómo explicar entonces el cambio de posición? Ford nos indicaba una pista para seguir su giro

⁸ Poco tiempo antes, en “La utopía de la manipulación” (un texto de 1982), frente a un planteo similar, Ford había escrito que no estaba “haciendo populismo, aunque soy populista en los términos en que redefiniera este concepto ya hace años don Arturo Jauretche” (Ford, 1987 [1982]: 54).

populista cuando señalaba que la *omnipotencia de la sociología* de los años cincuenta y sesenta había llevado a Jauretche a “armar su táctica sobre la *modestia*”. Para decirlo en otras palabras: reconocía entonces implícitamente que lo que estaba en juego era un modo de posicionarse en el campo intelectual y académico. *Estrategias de condescendencia* mediante, Ford apelaba al pueblo como fuente de saber y a su capacidad de contacto directo como fuente de legitimidad.⁹

Su intervención en el Segundo Seminario de la Comisión de Comunicación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), “Comunicación y culturas populares”, que tuvo lugar en Buenos Aires en septiembre de 1983 indica la participación de Ford en un espacio académico que se reorganizaba con vistas a su “normalización” institucional. Su ponencia, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, publicada en *Crítica y Utopía* (10-11, 1983) fue reproducida luego en *Desde la orilla de la ciencia*, abriendo el volumen y dándole su título al libro. En esta intervención se pueden seguir entonces los tópicos principales del giro populista de Aníbal Ford en su contexto de enunciación: la transición democrática, las expectativas por el triunfo del peronismo en las elecciones de octubre y el debate sobre el papel de la política cultural y de la cultura popular en la elaboración de un “proyecto nacional” democrático. Ford volvía aquí de manera selectiva sobre su propia trayectoria, reivindicando la “línea revisionista histórico-cultural” (de Ortiz Pereyra a Jauretche) desde donde “hacia 1970” — escribía— se había reelaborado la problemática cultural “desde la identidad, lo popular, lo político”, “en grupos que trabajan en sociología, filosofía, historia de la cultura popular, antropología” (Ford, 1987: 18-19). Como observa Alabarces (2006), si bien Ford incorporaba algunas citas académicas como argumento de legitimidad (destaca la de “Enconding/decoding” de Stuart Hall) lo cierto es que aquí todavía proponía como cita de autoridad epistemológica a Perón: se trataba de “salir a exteriores”, de “escuchar con humildad”, como decía el general (p. 20), escribía Ford cuando se adentraba en el registro etnográfico para contar la anécdota de “doña A” (quien había escondido fotos

⁹ No podemos aquí detenernos a analizar los supuestos epistemológicos que subyacen en este *empirismo populista*, un verdadero —si se nos permite no fundamentar el argumento— “fetichismo de lo concreto”. Nos interesa en todo caso poner de relieve la operación de enunciación que legitima posiciones intelectuales a partir de la apelación a una mayor cercanía o conocimiento de los saberes populares (Bourdieu, 1996). Bourdieu denomina *estrategias de condescendencia* a las operaciones de distinción por medio de las que individuos colocados en posiciones superiores del espacio social ejercen la capacidad de “descender” para utilizar el lenguaje de los inferiores (2002 [1982]). Sobre un uso productivo de las nociones de Bourdieu para analizar el papel de los intelectuales en la “invención” del peronismo (Neiburg, 1998).

de Perón y Evita en la tumba de su marido durante la dictadura), y a partir de allí reivindicar la “microhistoria” como eje de conocimiento de la cultura popular, como una “entrada en las problemáticas de la identidad y la cultura”. Ford proponía entonces el abordaje de “lo micro” como “dato central; como un ‘conjunto de conductas’, valores, estrategias de acción y comunicación, ejes de procesamiento de la mismidad y de la autorreferencia, formas de constitución de lo político, fragmentos de biografías individuales y sociales” (p. 22). De este modo el estudio de la cultura popular permitía problematizar “categorías, clasificaciones, jerarquías, conjuntos y relaciones hegemónicas” y “levantar saberes no institucionalizados” (p. 25). Si bien estaba a tono con el giro etnográfico y subjetivo que avanzaba en las ciencias sociales por entonces, sin embargo Ford se apoyaba nuevamente en la tradición de FORJA, en Manzi, Scalabrini, Jauretche, quienes habían contribuido a producir un “cambio epistemológico cualitativo en las formas de conocer, de aprehender la Argentina” (p. 31). En la “orilla de la ciencia”, estos autores, “conscientes de que el encuentro con la verdad iba a ser ‘paulatino’, fragmentario” (p. 31-32), habían puesto de relieve la posibilidad de una “epistemología de la periferia” —la expresión era de Fermín Chávez— de “otra episteme”. Lo paradójico era entonces que al mismo tiempo que rescataba esta tradición del pensamiento marginada, Ford estaba reivindicando objetos (lo cotidiano, lo popular, lo subjetivo) y metodologías (la etnografía, la microsociología) que en los años ochenta comenzaban a ocupar, en América Latina y Europa, el centro de la escena de las ciencias sociales, con particular intensidad en los estudios en comunicación (Mattelart, Mattelart, 1987 [1986]).

El mismo año en que se publicaba *Desde la orilla de la ciencia*, desde la misma casa editorial Jorge Rivera contribuía a darle visibilidad a la tradición populista de investigación en comunicación dedicándole un apartado especial (se titulaba, casualmente: “La otra orilla de la ciencia”) de su *La investigación en comunicación social en la Argentina* (Rivera, 1987). Se refería a ella como “una perspectiva fundada menos sobre la vieja repetición de modelos teórico-metodológicos (...) que sobre la reivindicación de nuestra peculiaridad y correlativa constitución de una gnoseología propia” (pp. 46-47). Como toda tradición que crea sus antecesores, Rivera postulaba como antecedentes tres autores y tres libros fundacionales: Fermín Chávez (*Civilización y barbarie*, 1956), Juan José Hernández Arregui (*Imperialismo y cultura*, 1957) y, sobre todo, Arturo Jauretche (*Los profetas del odio*, 1957) (Rivera, 1987: 47). En esta línea ubicaba sus propios trabajos de investigación, los de Aníbal Ford y Eduardo Romano,

que definía como una “crítica político-cultural que trata de integrar los aportes del pensamiento nacional con las contribuciones resultantes de una actualización crítica y no dependiente del instrumental teórico-metodológico de origen externo” (p. 49). Rivera, como se ha dicho en reiteradas ocasiones, escribía la primera historia de los estudios en comunicación en la Argentina. Era inevitable que el hacerlo creara sus antecedentes y organizara sus tradiciones desde una posición que es necesario interrogar.

En los años ochenta Eduardo Romano, Jorge Rivera y Aníbal Ford volvían a la Universidad de Buenos Aires. Paulatinamente se fueron incorporando a la recién creada Carrera de Ciencias de la Comunicación (en la también novedosa Facultad de Ciencias Sociales; Romano lo haría, además, en Filosofía y Letras), cuya fundación coronaba un proceso de consolidación disciplinar e institucionalización académica. Ford ocuparía una de sus cátedras principales, la de Teorías de la Comunicación, y poco tiempo después sería director de la Carrera.

Palabras finales

El itinerario intelectual de Aníbal Ford es productivo para explorar una de las zonas más relevantes donde, en el cruce de saberes emergentes (la “actualización teórica” de la crítica literaria y de las ciencias sociales) y prácticas político-culturales (la docencia, el periodismo, la actividad editorial, la militancia), emergió la problemática de la comunicación como campo de saber específico en el filo de los años sesenta y setenta en la Argentina. Su figura contribuye entonces a poner de relieve el modo en que en el proceso de modernización cultural, actualización teórica y radicalización política, se elaboraron y procesaron de manera singular “nuevos saberes” en *espacios sociales de entrecruzamientos múltiples*, esto es, en *formaciones e instituciones culturales* tensionadas por el proceso de cambio. O en otras palabras, tensionadas por el modo en que ciertas franjas del mundo intelectual pretendieron relacionarse con sujetos emergentes. En estos cruces de prácticas y saberes teóricos la política, como se ha señalado en reiteradas ocasiones, como intervención directa o como horizonte de sentido al que debía tender el pensamiento, tenía el puesto de comando. Queremos entonces subrayar su productividad en términos epistemológicos y cognitivos.

En segundo lugar, contra ciertas lecturas que establecieron lugares y posiciones dicotómicas entre tradiciones ideológicas e intelectuales (*modernos vs. populistas*, por ejemplo), entendemos que el itinerario intelectual de Aníbal Ford invita a estudiar cómo

el proceso de inclinación hacia el peronismo de una franja del mundo intelectual, esto es, de jóvenes que adoptaron una ideología “nacional-popular”, fue un episodio más del proceso de modernización de los años sesenta, pues se hizo en el mismo “clima” de ideas y desde los mismos circuitos modernizadores (instituciones, revistas, actualizaciones teóricas) que en el que lo hicieron otras tradiciones político-intelectuales.

En relación con esto, y por último, hemos intentado poner de relieve cómo la invención de una “tradicón populista” en los estudios en comunicación (Alabarces refiere a la “invención de los estudios en cultura popular”) fue una invención tardía, de los años ochenta, que disimulaba para constituirse trayectorias, antecedentes e intervenciones que habían tenido lugar en espacios compartidos, donde se entreveraban tradiciones de la crítica de la cultura y el pensamiento político heterogéneas. Se trata, evidentemente, de una *invención* que tiene como condición de posibilidad un posicionamiento diferencial frente a los medios de comunicación de masas y la cultura popular, que se hizo explícito, sobre todo, a partir de 1973, en los debates que se planteaban en el mundo intelectual respecto al carácter, las funciones y posibilidades de una política cultural que acompañara el proceso de transformaciones que se esperaba podría impulsar el peronismo en el poder. El *giro populista* de los años ochenta (que definimos por la afirmación incondicional de los saberes populares, donde retrocedía la idea de la crítica y la función de la vanguardia como aporte para su superación, y, *estrategias de condescendencia* mediante, por la autodefinición del propio lugar en el campo como un lugar marginal) puede explicarse no sólo por las redefiniciones que al interior del peronismo se procesaron al momento de la caída de la dictadura, sino como un modo de posicionarse, en un campo de estudios emergente que avanzaba por entonces en su proceso de consolidación disciplinar e institucionalización académica. El énfasis en visibilizar una “línea nacional” —algo anacrónico a la distancia— que se traducía en un modo singular de abordar los medios y la cultura popular, disimulaba intereses teóricos, posicionamientos intelectuales y elementos múltiples de la trayectoria previa.

Bibliografía citada

ALABARCES, PABLO, “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, en *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, N°1, 2006, pp. 23-41.
BOURDIEU, PIERRE, “Los usos del pueblo”, en *Cosas Dichas*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.

- *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Editora Nacional de Madrid, 2002 [1982].
- CELLA, SUSANA, “La irrupción de la crítica” y “Panorama de la crítica”, en *Historia crítica de la literatura argentina, Vol. 10. La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, pp. 7-16 y 33-62.
- COUSIDO, DIEGO, “Actualización teórica, lucha ideológica en el caso de *Los Libros*”, en *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, n°4, Buenos Aires, primavera-verano, 2008.
- FORD, ANIBAL, “Notas sobre dependencia y cultura de masas” (inédito, 1968, con RIVERA, JORGE). Reproducido en FORD (2004).
- (1969), “El vandomismo”, en *Los Libros*, n°1, Buenos Aires, junio.
- (1971) “Literatura, crónica, periodismo”, Buenos Aires *Capítulo Universal* (serie “Literatura contemporánea”), Editor de América Latina. Reproducido en FORD, RIVERA, ROMANO (1985).
- (1972) “Walsh: la reconstrucción de los hechos”, en LAFFORGUE, JORGE (comp.), *Nueva novela latinoamericana 2*, Buenos Aires, Paidós, 1972. Reproducido en FORD (1987).
- (1972) Respuesta a una encuesta, en *Los Libros*, N°28, septiembre, reproducido en FORD (2004).
- (1973) Respuesta a una encuesta, “Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta (primera parte)”, en *Revista latinoamericana* n°2, junio. Reproducido en FORD (2004).
- “La utopía de la manipulación”, en revista *Contraseña* (1 (2), diciembre de 1982. Reproducido en FORD (1987).
- (1982) “Jauretche: un modo nacional de ver las cosas”, prólogo a JAURETCHE, ARTURO, *La colonización pedagógica y otros ensayos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Reproducido en FORD (1987).
- (1983) “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, en *Crítica y Utopía*, n° 10-11, Buenos Aires, 1983. Reproducido en FORD (1987).
- *Desde la otra orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época. Política, comunicación y Cultura*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación (UNLP), 2004.
- *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 1994.
- FORD, ANÍBAL; RIVERA, JORGE; ROMANO, EDUARDO, *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985.
- JOZAMI, EDUARDO, “Walsh y la ‘nueva izquierda’ de los años sesenta”, en *Página 12*, Buenos Aires, 1 de marzo de 2004.
- MATTELART, ARMAND, MATTELART, MICHÈLE, *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*, FUNDESCO, Madrid, 1987 [1986].
- NEIBURG, FEDERICO, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.
- RIVERA JORGE, *La investigación en comunicación social en Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- ROMANO, EDUARDO, “El salto inicial de Jorge B. Rivera”, en *Cuaderno de la Red de Historia de los Medios*, Buenos Aires, Prometeo, 2012.
- SARLO BEATRIZ, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé, 2007 [2001].
- SONDEREGUER, MARÍA, “Presentación”, en *Revista Crisis (1973-1976). Antología. Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2008.
- VÁZQUEZ VILLANUEVA, GRAZIANA, “Ayuda memoria: 30 años después”, en FORD (2004).
- WALSH, RODOLFO, “Una literatura de la incomodidad”, por Rodolfo Walsh, en *Primera Plana*, año VI, n° 260, 19 al 25 de diciembre de 1967. Reproducido en FORD (2004).
- *Ese hombre y otros papeles personales. Rodolfo Walsh*. Daniel Link, ed. Buenos Aires, Seix Barral, 1996.